

y no acordándose más de los dioses que de los hombres, ordenaron el ejército en batalla, sin consultar los auspicios ni inmolar víctimas. Con objeto de que no les envolviese el enemigo, extienden las alas, pero no pudieron igualar el fuerte de los galos, y debilitado su centro solamente lo forma una fila sin consistencia. A la derecha tenían una altura, donde creyeron conveniente colocar los subsidiarios (1), y si por aquel punto comenzó el terror y la derrota, allí encontraron también su salvación los fugitivos. En efecto, Breno, que mandaba los galos, temiendo una celada por parte de un enemigo tan inferior en número, y persuadido de que su situación, al ocupar aquella altura, era esperar á que los galos empezasen el combate con el frente de las legiones, para lanzar la reserva sobre su flanco y retaguardia, marchó derecho á aquel punto: comprendía que si llegaba á tomarlo, la inmensa superioridad del número le daría fácil victoria; y de esta manera, la habilidad y la fortuna estaban de parte de los bárbaros. En el ejército contrario nada había romano, ni generales ni soldados; los ánimos solamente se preocupaban del temor y la fuga; y en su extravío, la mayor parte huyeron á Veyas, ciudad enemiga de la que les separaba el Tíber, en vez de seguir el camino que les habría llevado directamente á Roma con sus mujeres é hijos. La ventaja de la posición defendió por un momento á la reserva; pero en el resto del ejército, apenas oyeron los más próximos por el llano y los más retirados por la espalda el grito de los galos, cuando casi antes de ver á aquel enemigo que no conocían aún, antes de intentar la menor resistencia, hasta antes de contestar á su grito de guerra, completos, intactos, emprendieron

(1) Llamábanse así estos veteranos escogidos, porque esperaban el momento de atacar rodilla en tierra y cubiertos con el escudo.

la fuga. Nadie pereció combatiendo; la retaguardia tuvo algunas pérdidas, porque le estorbaban la huída otros cuerpos que corrían en desorden. Cerca de la ribera del Tíber, donde había huído toda el ala izquierda después de arrojar las armas, hicieron los galos mucha matanza; y multitud de soldados que no sabían nadar, á quienes impedía los movimientos el peso de la coraza y de las ropas, perecieron en el río. Sin embargo, el mayor número pudo llegar sano y salvo á Veyas, desde donde no enviaron á Roma ni refuerzos para defenderla ni mensajero para anunciar la derrota. El ala derecha, colocada lejos del río y casi al pie de la montaña, se retiró hacia Roma, y sin perder tiempo en cerrar las puertas se refugió en la fortaleza.

Los galos por su parte estaban como espantados por aquella victoria tan prodigiosa y repentina. Al pronto, dominados por el miedo quedaron inmóviles, casi sin saber lo que acababa de ocurrir y temiendo que ocultase una emboscada; al fin comenzaron á despojar á los muertos, y siguiendo su costumbre reunieron sus armas en montones. Hecho esto, no viendo por ninguna parte señales hostiles, se ponen en marcha y llegan á Roma poco antes de ocultarse el sol. La caballería, que marchaba delante, les dijo que las puertas estaban abiertas; que no había guardias para defenderlas ni soldados en las murallas: este prodigio, tan semejante al anterior, les detuvo de nuevo; el temor de la noche y la ignorancia de los lugares les decidió á acampar entre la ciudad y el Anio, después de enviar en derredor de las murallas y hacia las otras puertas exploradores que debían procurar descubrir la intención del enemigo en aquella situación desesperada. La mayor parte del ejército romano se había refugiado en Veyas, pero en Roma no se creía escapados de la batalla más que á los que se habían refugiado en la ciudad, y los

ciudadanos desolados, llorando igualmente á los vivos y á los muertos, llenaron casi toda la ciudad con sus lamentos. Las aflicciones particulares callaron ante el terror general cuando anunciaron la llegada del enemigo; y muy pronto oyeron los clamores, los discordantes cantos de los bárbaros, que vagaban en grupos en derredor de las murallas. Todo el tiempo que transcurrió desde entonces, quedaron en suspenso los ánimos; al pronto, á su llegada, se temió verles de un momento á otro precipitarse sobre la ciudad, porque si no hubiese sido este su designio, se habrían detenido en las orillas del Alia; después al ocultarse el sol, como quedaba poca luz creyóse que el ataque tendría lugar antes de la noche, y por último, que lo aplazaban para la noche misma para aumentar el terror. En fin, al acercarse el día todos estaban dominados por el miedo; y á este temor constante siguió la espantosa realidad, cuando las amenazadoras enseñas de los bárbaros se presentaron en las puertas. Poco faltó para que aquella noche y al siguiente día se mostrase Roma lo mismo que sobre el Alia, donde sus tropas tan cobardemente habían huido; en efecto, como no podían esperar con tan corto número de soldados defender la ciudad, decidióse hacer subir á la fortaleza y al Capitolio, además de las mujeres y los niños, la juventud en estado de empuñar las armas y la parte escogida del Senado; y después de llevar allí cuanto pudiesen reunir de armas y víveres, defender desde aquel punto fortificado los dioses, los hombres y el nombre romano. El flamin y las sacerdotisas de Vesta llevaron lejos del combate, y del incendio los objetos del culto público, que no debían abandonar mientras quedase un romano para practicar los ritos. Si la fortaleza y el Capitolio, morada de los dioses; si el Senado, cabeza de los consejos de la república; si la juventud en estado de empuñar las ar-

mas escapaban de aquella inminente catástrofe, podrían consolarse de la pérdida de los ancianos que dejarían en la ciudad abandonados á la muerte. Y para que la multitud se sometiese con menos pesar, los antiguos triunfadores, los viejos consulares declararon su intención de morir con los otros, no queriendo que sus cuerpos, incapaces de manejar las armas y de servir á la patria, estorbasen á sus defensores.

De esta manera se consolaban entre sí los ancianos destinados á la muerte. En seguida exhortan á la juventud acompañándola al Capitolio y á la fortaleza, y recordándoles á su valor y constancia la fortuna, sea la que quiera, de una ciudad victoriosa durante trescientos sesenta años en todas sus guerras. Pero en el momento en que aquellos jóvenes, que llevaban consigo toda la esperanza y recursos de Roma, se separan de los que habían decidido no sobrevivir á su ruina, el dolor de esta separación, demasiado triste ya por sí misma, aumentó con el llanto y ansiedad de las mujeres, que corrían inciertas de unos á otros, preguntando á sus esposos é hijos á qué destino las abandonaban; ya no faltaba nada de los humanos males. Sin embargo, mucha parte de ellas siguieron á la fortaleza á los suyos sin que nadie se lo impidiese ó las llamase; porque esta precaución, que hubiese tenido para los sitiados la ventaja de disminuir el número de los inútiles, parecía demasiado cruel. El resto de la multitud, formada especialmente de plebeyos que una colina tan estrecha no podía contener y á quienes era imposible alimentar con tan escasas provisiones, saliendo en masa de la ciudad ganó el Janículo; desde allí, unos se despararon por los campos, otros huyeron á las ciudades inmediatas, sin jefes, sin designio, siguiendo cada cual su esperanza y su pensamiento personal, porque no había pensamiento ni esperanza común. Entre tanto, el

sacerdote de Quirino y las vírgenes vestales, olvidando todo interés privado, no pudiendo llevarse todos los objetos del culto público, examinaban los que podían llevar, los que dejarían y en qué lugar los depositarian; pareciéndoles lo mejor encerrarlos en tonelitos que ocultan en un santuario inmediato á la morada del flamin de Quirino, paraje en el que hoy mismo no puede escupirse sin profanación: repártense lo demás, y toman el camino que conduce por el puente de madera al Janículo. Cuando subían la pendiente, viólas el plebeyo L. Albinio, que salía de Roma con los inútiles, llevando en un carró á su esposa é hijos. Distinguiendo este hombre hasta en aquel momento las cosas divinas y humanas, parecióle irreverente que los sacerdotes llevaran á pie los objetos del culto público cuando se les veía á él y á los suyos en un carro. Mandó bajar á su esposa é hijos, hizo subir á las vírgenes con las cosas santas, y las llevó hasta Cerea, donde querían ir.

Entre tanto, habiéndose tomado en Roma todas las precauciones que eran posibles para la defensa de la fortaleza, entrando en sus casas los ancianos, esperaban resignados la muerte á la llegada de los enemigos; y los que habían desempeñado magistraturas curules, queriendo morir con las insignias de su pasada grandeza, de sus honores y de su valor, revistieron las ropas solemnes que llevaban los que dirigían las ceremonias religiosas y los triunfadores y se colocaron en medio de sus casas sobre las sillas de marfil. Algunos llégan á decir que por medio de una fórmula que les dictó el pontífice máximo M. Fabio, se dedicaron por la patria y por los romanos, hijos de Quirino. En cuanto á los galos, como el intervalo de una noche había calmado la irritación del combate; como en ninguna parte les habían disputado la victoria, y como no tomaban á Roma por asalto ó por fuerza, entraron á la mañana

siguiente sin cólera, sin arrebato, por la puerta Colina, dejada abierta, y llegaron al Foro, paseando sus miradas por los templos de los dioses y la fortaleza, que era donde únicamente se observaba aparato de guerra. En seguida, habiendo dejado cerca de la fortaleza un destacamento poco numeroso para vigilar no hiciesen alguna salida durante su dispersión, se desparraman para saquear por las calles, en las que no encuentran á nadie; unos se precipitan en grupos en las primeras casas y otros corren hacia las más lejanas, creyéndolas todavía intactas y repletas de botín. Pero, asustados muy pronto por aquella soledad, temiendo que el enemigo les tendiese algún lazo mientras vagaban diseminados, regresaban en grupos al Foro y parajes inmediatos. Encontrando allí cuidadosamente cerradas las casas de los plebeyos, y abiertos los atrios de los patricios, vacilaban más en entrar en éstos que en penetrar por fuerza en las otras. Experimentaban como reiiigioso respeto á la vista de aquellos nobles ancianos que sentados en el vestibulo de sus casas, por su traje y actitud, en los que había algo angusto que no es propio de los hombres, así como por la gravedad impresa en su frente y en todas sus facciones, parecían representar la majestad de los dioses. Los galos permanecían en pie contemplándolos como estatuas; pero dícese que habiendo uno de ellos pasado suavemente la mano por la barba de M. Papirio, que según el uso de la época la llevaba muy larga, éste hirió con su bastón de marfil la cabeza del bárbaro, cuya ira excitó; la matanza comenzó por él, y casi al mismo tiempo todos los demás fueron degollados sobre sus sillas curules. Muertos los senadores, nada perdonaron de cuanto vivía; saquearon las casas y después de devastarlas las prendieron fuego.

Por lo demás, fuese porque no todos desearan destruir la ciudad, fuese porque los jefes galos solamente

se propusieron incendiar algunas casas para espantar los ánimos, esperando que el cariño de los sitiados á sus moradas les llevaría á rendirse, ó bien, en fin, porque no quemando la ciudad entera quisieran hacerse de lo que quedase en pie un medio para blandear al enemigo, el primer día no se propagó el incendio con la rapidez y en la extensión que se acostumbra en una ciudad conquistada. En cuanto á los romanos, viendo desde la fortaleza al enemigo llenar la ciudad, correr de un lado para otro por todas las calles; testigos á cada momento, por una ú otra parte, de un nuevo desastre, no podían ni contener sus ánimos, ni soportar las diferentes impresiones que la vista ó el oído les llevaban. Por todas partes, donde los gritos de los enemigos, los lamentos de las mujeres y niños, el ruido de las llamas, el fragor de los techos que se derrumbaban, llamaban su atención, aterrados por aquellas horribles escenas, movían hacia aquel lado sus ánimos, su rostro y su vista, como si la fortuna les hubiese colocado allí para presenciarse el espectáculo de la caída de su patria, no dejándoles nada que defender más que su cuerpo. Mucho más dignos de compasión eran que lo fueron jamás otros sitiados, porque rodeados fuera de su ciudad, veían cuanto poseían en poder del enemigo. No fué más tranquila la noche que el día espantoso á que siguió: el día sucedió á aquella agitada noche, y no pasó un momento sin que tuviesen que contemplar algún nuevo desastre. Sin embargo, á pesar de las desgracias que les abrumaban, sus ánimos no flaquearon, y cuando las llamas lo hubieron destruído y nivelado todo, se propusieron defender valientemente aquella débil colina que ocupaban, última trinchera de su libertad. Acostumbrándose después á males que se renovaban diariamente, acabaron por perder el sentimiento y tróñar la vista más que en aquellas armas, en aquel hie-

ro que empuñaban y que constituía su última esperanza.

Los galos, que durante algunos días habían hecho guerra cruel á las casas de la ciudad, viendo de pie aún, en medio del incendio y las ruinas, enemigos armados, á quienes tantos desastres no habían espantado, y á los que solamente por la fuerza podría reducirse, decidieron intentar la última prueba y atacar la fortaleza. A una señal dada al amanecer, toda aquella multitud se reunió en el Foro, donde se formó en batalla; en seguida, lanzando un grito y formando la tortuga suben hacia la fortaleza. Los romanos se preparan con orden y prudencia á recibirlos; refuerzan todos los puntos accesibles, oponen su juventud más valiente por todos los lados por donde avanzan las enseñas, y dejan subir al enemigo, persuadido de que, cuanto más suba por aquellas ásperas rocas, más fácil será hacerle bajar. A mitad de la colina se detienen, y desde aquella altura, cuya pendiente les lleva por sí misma al enemigo, se lanzan con impetuosidad, matan y derriban á los galos de tal manera, que en adelante jamás intentaron ni juntos ni separados igual ataque. Renunciando, pues, á tomar la plaza por la fuerza de las armas, dispónense á sitiarse; pero en su imprevisión, acababan de quemar con la ciudad todo el trigo que se encontraba en ella, y entre tanto, todo el grano de la campiña había sido recogido y trasportado á Veyas. En vista de esto, se divide el ejército: una parte marcha á saquear por los pueblos limítrofes; la otra queda allí para sitiar la fortaleza, teniendo que atender á su manutención los merodeadores de los campos. La fortuna misma llevó á Ardea, donde estaba desterrado Camilo, para hacerles experimentar el valor romano, á los galos que habían marchado de Roma. Cuando, más afligido por los males de su patria que por su propia suerte, empleaba los días

en acusar á los dioses y á los hombres, indignándose y asombrándose de no encontrar aquellos soldados intrépidos que con él se apoderaron de Veyas y Faleria, y que siempre en todas las guerras se habían distinguido más aún por su valor que por su fortuna, sabe de pronto que se acerca un ejército galo y que asustados los ardeatos celebran consejo. Como si le impulsase inspiración divina, él, que hasta entonces se había abstenido de presentarse en reuniones de esta clase, acudió á la asamblea.

«Ardeatos, dijo, antiguos amigos míos y mis nuevos conciudadanos: puesto que así lo han querido vuestros beneficios y mi suerte, no creáis que olvido mi situación al venir aquí; pero el interés y el común peligro hacen en estas críticas circunstancias que cada uno deba contribuir en cuanto pueda á la salvación general. ¿Y cuándo podría yo mostrar mi agradecimiento á los inmensos servicios que he recibido de vosotros si vacilase hoy? ¿En qué podría yo servirlos si no es en la guerra? Por este arte me he sostenido yo en mi patria y no habiendo sido vencido en la guerra, durante la paz me expulsaron mis ingratos ciudadanos. En cuanto á vosotros, ardeatos, se presenta ocasión para que mostréis vuestra gratitud á los antiguos é importantes beneficios del pueblo romano, que no habéis olvidado y que no es necesario recordaros, y para conquistar al mismo tiempo para vuestra ciudad aliados que os recuerden é inmensa gloria militar á expensas del enemigo común. Esas gentes, cuyas confusas masas vienen hacia nosotros, han recibido de la naturaleza estatua y valor extraordinarios, pero carecen de constancia, y en el combate son más espantosos que temibles. El desastre mismo de Roma lo demuestra: estaba abierta cuando la tomaron; desde la fortaleza y el Capitolio, exiguo número de hombres les detiene; y veni-

dos ya por el tedio del sitio, se alejan y vagan errantes por los campos. Hartos de carne y de vino, de que se llenan con avidez, duermen de noche en las orillas de los arroyos, sin parapetos, guardias ni centinelas, como bestias salvajes, y ahora el triunfo aumenta su habitual imprevisión. Si tenéis empeño en defender vuestras murallas, si no queréis consentir que todo este territorio sea galo, empuñad las armas á la primera vigilia y seguidme, no diré al combate, sino á la matanza. Si no os los entrego encadenados por el sueño y para que los degolléis como carneros, consiento en recibir de Ardea la misma recompensa que he recibido de Roma.

Persuadidos estaban amigos y enemigos de que Camilo era el primer guerrero de su época. Disuelta la asamblea, reparan las fuerzas, se aprestan y á una señal dada, en el silencio de las primeras horas de la noche, acuden todos á las puertas á formar bajo las órdenes de Camilo. Salen, y cerca de la ciudad, según les había predicho éste, encuentran el campamento de los galos sin defensa, sin guardias y se lanzan gritando. En ninguna parte hay combate, sino carnicería por todos lados; degüellan hombres desnudos y dominados por el sueño; y si los más lejanos despiertan y se levantan, ignorando por qué parte los atacan, huyen espantados y muchos corren ciegamente á arrojarse en medio de los enemigos; habiendo huído considerable número al territorio de Anzio, se dispersan; los habitantes hacen una salida y les rodean. En el territorio de Veyas hubo igual matanza de toscanos, quienes, sin compasión por una ciudad vecina de ellos cuatrocientos años ya, abrumada por un enemigo hasta entonces desconocido, habían elegido aquel momento para hacer incursiones en territorio romano, y que, cargados de botín se proponían atacar á Veyas, donde se encontraba la guarnición, úl-

tima esperanza del nombre romano. Los soldados romanos les habían visto vagar por los campos, volver reunidos llevando delante el botín, y veían también su campamento cercano de Veyas. Primeramente sintieron humillación; después se indignaron por el ultraje y les dominó la ira. Los etruscos, de quienes habían separado la guerra gala para atraérsela ellos, se atrevían á burlarse de su desgracia. No pudiendo dominarse ya, querían realizar en el acto una salida; pero conteniéndoles el centurión Cedicio, á quien habían elegido para mandarles, aplazaron la venganza para la noche. Solamente faltó un capitán como Camilo; pero en último caso, la marcha y el éxito fueron iguales. Tomando en seguida por guías prisioneros escapados de la matanza de la noche, se dirigen contra otro cuerpo de toscanos hacia Salinas, le sorprenden en la noche siguiente, y hacen mayor carnicería aún, y honrados con esta doble victoria regresan á Veyas.

Entre tanto continuaba blandamente el sitio de Roma, y por ambas partes se observaban en silencio: los galos se limitaban á vigilar el espacio que quedaba entre los puestos y á impedir por este medio que pudiese escapar ningún enemigo; cuando de pronto un joven romano se atrajo la admiración de sus conciudadanos y del enemigo. La familia Fabia había establecido un sacrificio anual sobre el Quirinal. Queriendo celebrar este sacrificio, C. Fabio Dorso, ceñida la toga á la manera de los gabios (1) y llevando sus dioses en la mano, desciende del Capitolio, atraviesa los puestos enemigos, y sin cuidarse de sus gritos y amenazas, ille-

(1) Ceñirse la toga á la manera de los gabios, Consistía esto en echar sobre el hombro izquierdo y á la espalda un paño de la toga, recogiendo bajo el brazo derecho y sobre el pecho; en esta actitud se sacrificaron los dos Decios por la patria; y con el traje así, abría el cónsul el templo de Júpiter.

ga á la colina Quirinal; realizado el acto solemnemente vuelve por el mismo camino, con la mirada y el paso igualmente tranquilos, entregándose á la protección de los dioses, cuyo culto había observado con desprecio de la muerte; entra en el Capitolio con los suyos, á la vista de los galos, asombrados de tan increíble audacia, ó talvez dominados por sentimiento religioso á que aquel pueblo no era indiferente. Entre tanto aumentaban de día en día en Veyas el valor y hasta las fuerzas; á cada momento llegaban no solamente romanos que acudían de los campos, por los que vagaban dispersos desde la derrota de Alia y la toma de Roma, sino también multitud de voluntarios que venían del Lacio con objeto de tener parte en el botín. Parecía que había llegado al fin la hora de reconquistar la patria, arrancándola de las manos del enemigo; pero faltaba una cabeza á aquel vigoroso cuerpo. El paraje mismo les recordaba á Camilo; allí se encontraban la mayor parte de los soldados que bajo sus órdenes y sus auspicios habían conseguido tantas victorias, y Cedicio declaraba que no era necesario que algún dios ú hombre le quitase el mando; que no había olvidado lo que era, y que pedía un jefe. Por común acuerdo se decidió llamar á Camilo de Ardea, después de consultar previamente al Senado que estaba en Roma; tanto prevalecía, hasta en aquella desesperada situación, el respeto por la distinción de los poderes. Pero no podía pasarse sin grandes peligros á través de los puestos enemigos; encargándose de la comisión un atrevido joven, Poncio Cominio, se colocó sobre cortezas que la corriente del Tiber llevó hasta la ciudad; trepando allí por la roca más próxima á la ribera, y que por esta misma razón el enemigo había descuidado guardar, penetra en el Capitolio, y llevado ante los magistrados, les expone el mensaje del ejército. Encargado en seguida de un decreto del Senado, por el

que se mandaba á los comicios, reunidos por curias, llamar del destierro y elegir en el acto dictador á Camilo, á fin de que los soldados tuviesen general de su elección. Póncio volvió por el mismo camino á Veyas. Los legados que habían enviado á Camilo le trajeron de Ardea á Veyas, ó más bien (porque es probable que no saliese de Ardea antes de cerciorarse de que se había dado la ley, puesto que no podía entrar en territorio romano sin orden del pueblo, ni tomar los auspicios en el ejército sin ser dictador) la ley se dió por las curias y Camilo fué elegido dictador en su ausencia.

Mientras ocurrían en Veyas estas cosas, la fortaleza y el Capitolio de Roma corrieron mucho peligro. Los galos, sea que observasen huellas humanas en el sitio por donde pasó el mensajero de Veyas, sea que descubriesen por sí mismos en la roca de Carmenta fácil acceso, aprovechando una noche muy clara y precediéndoles un hombre desarmado para reconocer el camino, avanzaron tendiéndole las armas en los pasos difíciles; apoyándose, ayudándose y tirando unos de otros, según lo exigían los parajes, llegaron hasta la cumbre. Tan profundo silencio guardaban, que engañaron no sólo á los centinelas, sino que también á los perros, animal que despierta al menor ruido nocturno. Pero no consiguieron pasar desapercibidos á los gan-
 sos sagrados de Juno, respetados á pesar de la suma escasez de víveres. Esto fué lo que salvó á Roma; porque despertando á sus gritos y aleteos M. Manlio, que había sido cónsul tres años antes, y que se había distinguido mucho en la guerra, se arma en seguida y se lanza dando la alarma á sus compañeros; y mientras los demás corren al azar, con un golpe de su escudo derriba á un galo que ya había llegado á lo alto. En su caída arrastró éste á los que le seguían de cerca; y mientras los demás, arrojando las armas, se agarran

con las manos á los peñascos en que se apoyan, Manlio los degüella. Reunidos en seguida los romanos, abateñ al enemigo con dardos y piedras que aplastan y precipitan hasta abajo á todos los asaltantes. Calmado el tumulto, dedicaron al descanso el resto de la noche; al menos en cuanto lo permitía la agitación de los ánimos, conmovidos por el peligro, si bien pasado ya. Al amanecer reunió la trompeta á los soldados en derredor de los tribunales militares; y como á cada uno se debía el premio de su conducta buena ó mala, Manlio recibió desde luego los elogios y recompensas que merecía su valor; y esto no solamente de los tribunales, sino de los soldados, que le dieron media libra de harina cada uno y una medida pequeña de vino que llevaron á su casa situada cerca del Capitolio. Pequeño parecerá el regalo; pero en la escasez en que se encontraban era gran prueba de agradecimiento que cada cual cercenase su alimentación y negase á su cuerpo lo necesario para honrar á un hombre. En seguida llamaron á los centinelas descuidados que habían dejado subir al enemigo. Q. Sulpicio, tribuno militar, había dicho que les castigaría según la costumbre del ejército; pero ante las reclamaciones unánimes de los soldados, que convenían en achacar la falta á uno solo, perdonó á los demás; siendo precipitado el culpable, con aprobación de todos, por la roca Tarpeya. Desde aquel momento redoblaron la vigilancia las dos partes; los galos porque ahora conocían el secreto de la comunicación entre Veyas y Roma; los romanos por el recuerdo de aquel peligro nocturno. Pero entre todos los males de la guerra y de largo asedio, el hambre era el que más hacía padecer á los dos ejércitos: los galos sufrían además enfermedades pestilenciales. Acampados en una hondonada rodeada de alturas, en un terreno abrasador, lleno por tantos in-

cendios de vapores inflamados, y en el que ligero soplo de viento no levantaba polvo, sino ceniza; el exceso de aquel sofocante calor, insoportable para gentes acostumbradas á un clima húmedo y frío, les diezaba como las epidemias que destruyen los rebaños. A tal punto llegaron, que cansados de enterrar uno por uno los muertos, decidieron quemarlos en montón; por esta causa se llamó en adelante aquel barrio el Quemadero de los galos. Entonces ajustaron con los romanos una tregua, durante la cual permitieron los generales inteligencias entre los dos partidos; y como los galos hablaban frecuentemente de la escasez que, según decían, obligaría á los romanos á rendirse, preténdese que, para destruir esta esperanza, arrojaron pan desde muchos puntos del Capitolio á sus guardias. Pero muy pronto fué imposible disimular y soportar más tiempo el hambre. Así, pues, mientras el dictador realiza personalmente levadas en Ardea, manda á L. Valerio, jefe de los caballeros, partir de Veyas con el ejército, y tomar las medidas y hace los preparativos necesarios para atacar al enemigo sin desventaja; el ejército capitolino, que, extenuado por el servicio y las vigiliás, había triunfado de todos los males humanos, pero al que la naturaleza no le permitía vencer el hambre, miraba diariamente á lo lejos para ver si llegaba algún socorro que trajese el dictador. Al fin, careciendo de esperanza como de viveres, los romanos, cuyos extenuados cuerpos vacilaban al marchar á las guardias bajo el peso de las armas, decidieron que era indispensable, á cualquier precio, rendirse ó libertarse; los galos, por otra parte, dejaban entender claramente que no se necesitaba una cantidad muy grande para decidirlos á levantar el sitio. Entonces se reunió el Senado y encargó á parlamentar á los tribunos militares. El tribuno Q. Sulpicio y Breno, jefe de los galos, celebraron una conferen-

cia y convinieron las condiciones; y el rescate de aquel pueblo, que muy pronto había de dominar el mundo, fueron mil libras de oro. A este convenio, tan vergonzoso ya, se añadió otra humillación: habiendo llevado los galos pesos falsos que el tribuno rechazaba, el insolente Breno echó su espada en la balanza, y pronunció aquellas palabras tan insoportables para los romanos: «¡Ay de los vencidos!» *enpa stinleba us ómell os caros*
 Pero ni los dioses ni los hombres permitieron que los romanos viviesen rescatados: por casualidad afortunada, cuando no estaba terminado aún aquel infame tratado, y á causa de discusiones sobrevenidas no se había pesado todo el oro, llegó el dictador, mandando á los romanos llevarse el oro y á los galos retirarse. Como éstos se resistían alegando el tratado, Camilo contestó que un tratado convenido por un magistrado inferior sin su autorización, después de haber sido nombrado dictador, era nulo, y anunció á los galos que se preparasen para el combate, mandando á los suyos que amontonados bagajes y apresten las armas, porque la patria debe reconquistarla con hierro y no con oro. Ante la vista tienen los templos, sus esposas, sus hijos, el suelo patrio devastado por la guerra; en una palabra, todo lo que deben defender, reconquistar y vengar. Dispone en seguida el ejército según las condiciones del terreno, sobre el desigual emplazamiento de la ciudad casi destruída, y no olvida para sus tropas ninguna ventaja de las que podía buscar y preparar el arte de la guerra. En el desorden de la sorpresa, cogen sus armas los galos y corren sobre los romanos con más furor que prudencia. Pero la fortuna había cambiado, y ahora el favor de los dioses y la prudencia humana estaban por los romanos; así pues, desde el primer encuentro quedan tan rápidamente deshechos los galos, como ellos vencieron en las orillas del Alia. En seguida

se traba combate más regular cerca de la octava piedra miliaria del camino de Gabina, donde se reunieron en su derrota, y bajo la dirección y auspicios de Camilo son vencidos otra vez. Allí no perdonó nada la matanza; tomaron el campamento, y ni uno solo escapó para llevar la noticia del desastre. El dictador, recuperada la patria del poder del enemigo, volvió en triunfo á la ciudad; y entre las ingenuas ocurrencias de los soldados, le llaman Rómulo, padre de la patria y segundo fundador de Roma, títulos tan gloriosos como merecidos. Después de salvar á Roma en la guerra, la salvó también en la paz, impidiendo la emigración á Veyas, proyecto que los tribunos apoyaban con más energía que nunca después del incendio de la ciudad y al que se encontraba muy inclinado el pueblo. Este fué el motivo que le llevó á no abdicar la dictadura después de su triunfo, habiéndole pedido el Senado que no dejase la república en aquella crítica situación.

Como era celoso observador de las prácticas religiosas, ante todo ocupó al Senado de los deberes que tenía que cumplir con los dioses inmortales, é hizo dar este senatus-consulta: «Todos los templos, por haberlos poseído el enemigo, serán trazados de nuevo, reconstruídos y purificados por la expiación. Los decenviros buscarán en los libros sagrados las fórmulas de estas ceremonias expiatorias. Admitirás á los ceretos al derecho de hospitalidad, en agradecimiento á haber recogido los objetos del culto y á los sacerdotes del pueblo romano, y porque gracias al beneficio de este pueblo ha continuado sin interrupción el culto de los dioses inmortales. Celebraránse los juegos capitolinos en agradecimiento á Júpiter Optimo Máximo, que en aquel extremo peligro ha protegido su morada y la fortaleza del pueblo romano. Para esto, el dictador M. Furio establecerá un colegio de sacerdotes elegidos entre los

que habitan el Capitolio y la fortaleza.» Dispúsose además una expiación en memoria de aquella voz que se oyó antes de la guerra gala anunciar durante la noche los desastres de Roma, y que no fué atendida, decretándose la construcción de un templo en la Vía Nueva en honor de Aio Locuente (1). Como el oro reconquistado á los galos y el de los templos llevado apresuradamente á un santuario de Júpiter, á causa de la confusión de recuerdos no podía ser devuelto á su primitivo sitio, se declaró sagrado todo él y se decidió que quedaría depositado bajo el trono de Júpiter. El espíritu religioso de la ciudad se mostró de la misma manera, cuando faltando oro al erario para pagar el rescate á los galos, las matronas recogieron y ofrecieron el suyo para que no se tocase al de los dioses. Diéronse las gracias á las matronas, á las que se concedió además un honor reservado hasta entonces á los hombres: el derecho á solemne elogio después de su muerte. Cumplidos estos religiosos deberes, y terminadas todas las cosas para las que necesitaba el concurso del Senado, queriendo concluir con los tribunos, que continuaban agitando al pueblo para que abandonase las ruinas y emigrase á Veyas, dispuesta á recibirlo, presentóse en la asamblea acompañado por todo el Senado, subió á la tribuna y habló de esta manera:

(1) A propósito de esta divinidad, dice Cicerón en el *Tratado de la Adivinación*: «Recordaréis las predicciones de Veyas, que anunciaban la pérdida de Roma si el lago Albano se desbordaba y corría hacia el mar, y la de Veyas si se contenían las aguas. Creo que las aguas de Albano se emplearon en regar nuestros campos y no para conservar la ciudad y la fortaleza. Poco después advirtió una voz que debían vigilar para que Roma no cayese en poder de los galos, y más adelante se elevó en la Vía Nueva un altar á Aio Locuente, que hablaba y charlaba cuando nadie le conocía, que por la palabra adquirió su doble nombre, y que calla desde que obtuvo morada, altar, y nombres.»

«Tan penoso me es ¡oh romanos! discutir con los tribunales del pueblo, que mientras he vivido en el triste destierro de Ardea, no he tenido más consuelo que el de encontrarme lejos de estos debates; y por este mismo motivo, jamás habría regresado á Roma, aunque me hubiesen llamado por decisión del Senado y orden del pueblo. Si hoy he vuelto entre vosotros, no es porque haya cambiado mi voluntad, sino porque me ha traído vuestra adversa fortuna, tratándose de mantener la patria en su antiguo estado y no de recobrar mi puesto. Si no tuviese que luchar todavía por la patria, agradecería el descanso y el silencio; pero faltarle cuando se tiene vida que ofrecerle, para cualquiera sería vergüenza, para Camilo sería crimen. ¿Para qué la hemos reconquistado? ¿Para qué la hemos arrancado de manos del enemigo que la sitiaba, si después de recobrarla la abandonamos? Cuando los galos eran vencedores, cuando tenían en su poder toda la ciudad, el Capitolio y la fortaleza, han tenido por huéspedes y defensores á los dioses y á los hijos de Roma. ¡Y ahora que los romanos son vencedores, que la ciudad está libertada, quedarán abandonados la fortaleza y el Capitolio, y nuestro triunfo producirá más desolación en la ciudad que sus reverses! Aunque nouviésemos costumbres religiosas establecidas al mismo tiempo que la ciudad, y transmitidas de unos á otros hasta nosotros, la intervención de la divinidad ha sido tan patente en este aprieto de Roma, que, en mi sentir, ha debido curarnos de toda indeferencia para con los dioses y su culto. Contemplad los acontecimientos felices ó desgraciados de estos últimos años, y veréis siempre que á los prósperos acompaña el respeto de los dioses y la irreligiosidad á los adversos. Primeramente aquella guerra de Veyas, que nos ha costado tantos años de trabajos, no concluyó hasta que por aviso de los dioses se desecó el lago

Albanó. Y considerando las últimas desgracias de la ciudad, ¿acaso ocurrieron hasta que se despreciaó aquella voz enviada del cielo para predecir la llegada de los galos, antes de que nuestros legados violasen el derecho de gentes, antes de que en frente de un atentado que debíamos castigar mostrásemos tan vituperable olvido de los dioses? Por estas causas, vencidos, esclavizados, rescatados, tan duramente nos han castigado los dioses y los hombres, que nuestras desgracias han sido enseñanza para el mundo. La adversidad nos ha hecho pensar al fin en la religión. Nos hemos refugiado en el Capitolio, al lado de los dioses, en la mansión de Júpiter Optimo Máximo; y en la ruina de nuestros bienes, cuidando solamente de nuestros tesoros sagrados, los hemos escondido bajo tierra ó trasladado á las ciudades inmediatas, ocultándolos á la vista del enemigo. A pesar del abandono de los dioses y de los hombres, no hemos interrumpido el culto sagrado. En recompensa se nos ha devuelto la patria, se nos ha concedido el triunfo y la antigua gloria de nuestras armas, que habíamos perdido; y al enemigo, que cegado por la avaricia hacía traición por un puñado de oro á sus tratados y á su fe, los dioses han enviado el terror, la fuga y la matanza.

«¿Cómo, oh romanos! ¿Veis los extraordinarios efectos del culto ó del desprecio á los dioses en las cosas humanas; y cuando apenas hemos escapado á este primer naufragio de nuestras faltas y desgracias, no veis al precipicio á que corremos de nuevo? Tenemos una ciudad fundada sobre la fe de los auspicios y de los augurios: ni un sólo punto hay en ella que no esté lleno de los dioses y de su culto; nuestros sacrificios solemnes tienen días tan fijos como los parajes donde han de celebrarse. ¿Podréis vosotros ¡oh romanos! abandonar los dioses de la patria y de las familias? ¿Qué mal imitáis,